

DISCURSO DE INVESTIDURA COMO D.H.C. DR. D.  
UMBERTO ECO (23/5/2013)

Excmo. Sr. Consejero de Educación de la Junta de Castilla y León,  
Rector Magnífico de la Universidad Europea Miguel de Cervantes,  
Vicerrector de la Universidad de Salamanca,  
Excmo. Sr. D. Umberto Eco y Señora,  
Padrino,  
Doctores Honoris Causa que hoy nos acompañan,  
Excmo. Sr. Embajador,  
Excmo. Sr. Alcalde,  
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,  
Claustro de Doctores,  
Profesores,  
Personal de Administración y Servicios,  
Alumnos,  
Señoras y Señores.

Los actos de investidura de Doctores Honoris Causa se caracterizan por un respetuoso ceremonial con las tradiciones universitarias, cuyo cierre le corresponde al Rector con la Gratulatoria de Bienvenida, es decir, las palabras con las que la Universidad y su claustro de Doctores se congratulan por el ingreso, de los nuevos doctores.

Hoy, los muros de este secular edificio, el Hospital del Rey, sede de nuestra Universidad, acogen este solemne acto en el que incorporamos, en nuestro cuerpo de doctores, a una de las figuras más importantes del pensamiento contemporáneo europeo: el profesor Umberto Eco. Esta antigua construcción, levantada en el siglo XIII y reconstruida en el Renacimiento, fue sede de una hospitalidad proverbial, alcanzando notable fama fuera de las fronteras de los territorios hispanos. A lo largo de su historia fue una puerta abierta a una Europa, que tras los duros años de la Alta Edad Media, comenzaba a resurgir y reencontrarse a sí misma. Una Europa viajera, que retornaba a la búsqueda del conocimiento tras un largo paréntesis de oscuridad y que, poco a poco, volvía a descubrir y valorar el papel fundamental del hombre en la transformación del mundo. El arco de Romeros vio el paso, a lo largo de la historia, de miles de peregrinos que desde lejanos territorios habían iniciado un viaje físico y espiritual que les llevaba a Compostela y al Finisterre.

La ciudad de Burgos vivió en el siglo XIII uno de los momentos más brillantes de su historia cultural con su apertura a las influencias foráneas que se entretrejían con las tradiciones autóctonas. Hoy, este viejo Hospital abre de nuevo sus puertas para todos los que desarrollan una peregrinación espiritual hacia el conocimiento, para los jóvenes que, procedentes de múltiples lugares del mundo, se acercan a nuestra Universidad en busca de un saber que les permita ser cada día mejores y más humanos. Si este hospital tuvo una vocación humanista de servicio asistencial en el pasado, hoy la mantiene como centro de transmisión del conocimiento.

Por ello, creo que este es un marco, cargado de historia y sede del saber, que resulta sumamente adecuado para el acto que nos congrega: el del reconocimiento de uno de los más grandes humanistas contemporáneos, el Dr. Umberto Eco. Desde hoy, su pertenencia a nuestro claustro nos honra, pero también se convierte en un acicate para situarlo como referente en nuestro hacer como universitarios. La magnífica *laudatio* del Dr. Javier Peña, al que felicito por su intervención, ha desgranado muchos de los aspectos de la intensa vida intelectual de nuestro doctor, pero sobre todo nos ha presentado a un hombre que, a pesar de haber hecho del conocimiento la razón fundamental de su existencia, no se ha encerrado en una torre de marfil, sino que ha mantenido un profundo compromiso con la sociedad en la que ha vivido. Es por ello de agradecer que nuestro nuevo doctor haya aceptado este doctorado que se otorga desde la convicción intelectual, pero también desde el convencimiento de que desde hoy, el Dr. Eco tendrá en esta Universidad y en esta ciudad una nueva casa científica y afectiva.

Muchos universitarios europeos hemos tenido como referente a la figura de Umberto Eco no sólo por su notable y poliédrica obra, enmarcada en el campo de las Humanidades, sino también por sus sensatas reflexiones y consejos dirigidos a todos aquellos que, en un momento de nuestras vidas, decidimos embarcarnos en el mundo de la investigación humanística y de las Ciencias Sociales. Algunos de nuestros maestros, en las décadas de los 70 y 80, nos aconsejaron que leyéramos antes de iniciar nuestros trabajos doctorales, su libro *Cómo se hace una tesis doctoral, Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura* en el que se

desgranaban cuestiones teóricas pero en el que también se aportaban notables consejos metodológicos y prácticos. Tras este texto descubrimos la figura de un intelectual capaz de hacer accesible lo complicado. En definitiva, hallamos a un humanista total, sin restricciones, volcado en todo aquello que es propio del hombre haciendo suya la famosa frase de Terencio, reactivada por nuestro D. Miguel de Unamuno, en la que se decía que *soy humano y nada propio del hombre me es ajeno*. Como tal, una de sus máximas preocupaciones ha sido el análisis sistemático de uno de los elementos distintivos y esenciales de la humanidad: los sistemas complejos de comunicación.

Para Eco, cualquier fenómeno cultural es un acto de comunicación, regido por códigos integrados en el marco histórico y de pensamiento en el que surge. La cultura es comunicación, pero la comunicación también es cultura en un continuo proceso en el que, a veces, fondo y forma se diluyen y entremezclan. Este es el ámbito de la Semiótica, el del análisis del mensaje y del signo, y será precisamente a este campo al que ha dedicado la mayor parte de su actividad científica y docente nuestro nuevo doctor que ha contribuido, de manera decisiva, a elevar su rango como disciplina en la segunda mitad del siglo XX. Desde que en 1962 escribiera su libro *Obra abierta*, en el que reflexionaba sobre las transformaciones que las obras literarias y artísticas tienen cuando llegan al receptor, múltiples han sido los trabajos en los que Umberto Eco ha analizado el complejo mundo de los mensajes, los canales y las percepciones culturales, dando en cada nueva publicación un salto cualitativo en sus interpretaciones.

Lejos de plantear sus investigaciones como piezas cerradas, encorsetadas y analizadas desde una perspectiva monofocal, Eco, como humanista total que se asemeja a aquellos sabios del mundo clásico o del renacimiento, ha sido capaz de dominar y manejar una inmensa serie de recursos, pero no de forma meramente erudita, ya que la erudición por la erudición es algo que nunca le ha interesado. No se trata de contar por contar, ya que esto responde a una tradición prescolástica, sino de relacionar y reinterpretar los datos, articulándolos novedosamente en aras del progreso del saber.

Pero no sólo ha sido el campo de la ciencia semiótica el que ha ocupado el tiempo de nuestro doctor. Siguiendo una tradición que alcanzó su momento culminante entre los humanistas del Renacimiento, ha combinado sus preocupaciones teóricas con la creación literaria. Sus novelas, en las que vuelca todos sus enciclopédicos saberes, han sido y son referentes de cómo se pueden unir, sin solución de continuidad, los mitos antiguos y los contemporáneos, la alta cultura y la cultura popular, la reflexión intelectual y el mero entretenimiento. Desde *El nombre de la Rosa*, uno de los grandes fenómenos editoriales del siglo XX, hasta el *Cementerio de Praga* pasando por el *Péndulo de Foucault*, *La isla del día antes*, *Baudolino* o *La misteriosa llama de la reina Loana*, todas sus novelas crean un universo de historias que entretejen conocimientos históricos con creación literaria y llevan al espectador a mundos reales o imaginarios, en los que se nos muestra al hombre, sus aspiraciones, sus miedos y su necesidad de comunicación. La obra novelística de Umberto Eco se convierte en una acción de conmoción al intelecto del lector que pasa de una primera lectura a una metalectura que, en muchos casos, permite

interpretaciones abiertas y personales que convierten al receptor casi en coautor.

Además del filósofo del lenguaje, del esteta que analiza el porqué de la belleza y de la fealdad según los parámetros históricos y culturales, del genial novelista que a todos nos ha seducido con sus múltiples creaciones, Eco es un amante de muchas de las muestras culturales populares, a veces vistas con desprecio desde determinados ámbitos académicos. La cultura de masas ha generado, a través de los medios de comunicación actual, un potente caudal de complejos mensajes, a veces ignorados, y, otras menospreciados activamente por el pensamiento oficial. Nuestro doctor, no sólo los ha reivindicado, sino que ha desentrañado sus secretos, las claves de porqué nos atraen los lazos profundos con una tradición secular que, en muchos casos, se halla oculta en la base de estas creaciones. Su defensa del cómic como uno de los grandes vehículos de comunicación del siglo XX o su pasión por James Bond o Sherlock Holmes son solo unos pocos ejemplos de su atracción por una cultura llena de signos y metamensajes que, a veces, se nos ocultan y que resulta apasionante descubrir, sobre todo si se hace siguiendo sus interpretaciones.

Como decíamos, nos hallamos ante un humanista total, amante de un saber no sólo erudito y universal sino interpretativo, en cuya cabeza se ordena perfectamente el conocimiento como en las antiguas bibliotecas que tanto ha admirado, y por las que siente una pasión que comparte con Borges lo que le une al gran escritor argentino. El saber clasificado de las bibliotecas, accesible u oculto, es un tópico en su pensamiento y queda evidenciado en la célebre biblioteca del monasterio de *El nombre de la Rosa* en torno a la que

gira buena parte del argumento de ese libro. No en vano, Eco nació en la ciudad norteitaliana de Alessandria lo que, desde niño, le llevaría a reconstruir en su mente la biblioteca de la homónima ciudad egipcia. Fue él el encargado de pronunciar el discurso de la reapertura de esta biblioteca norteafricana después de dos mil años desde su incendio, en el que reflexionó no sólo sobre la acumulación del conocimiento, sino también sobre el futuro del libro en su formato tradicional, al que augura, a pesar de muchas opiniones contrarias, una clara de pervivencia. La poética del libro y de sus contenedores, las bibliotecas, se convierte en un tópico, tanto en su obra científica, como en su creación literaria.

Querido Umberto, espero que tu estancia en esta ciudad te resulte agradable pues estás en una tierra de libros. Desde los manuscritos producidos en los Scriptoria de Valeránica y Cardeña hasta el surgimiento de los primeros impresos en la Baja Edad Media y el Renacimiento en las prensas de Fadrique de Basilea y Juan de Junta, muchas han sido las aportaciones de Burgos a la cultura libresca universal. En algunos de estos libros comenzó a balbucear el castellano o se copiaron los comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana, otros transmitieron el saber clásico o emplearon tempranamente el papel como soporte, allá por el siglo XII, y muchos fueron, por primera vez, la base impresa de algunas de las grandes obras de la literatura hispana como *La Celestina* o *El Lazarillo de Tormes*. Pero también Burgos ha sido y es tierra de bibliotecas que han conservado, y conservan, algunos de los más notables tesoros bibliográficos de Occidente, desde la Biblia de Cardeña hasta la de Gutenberg. Todo ello, contribuirá a estrechar los lazos que, desde este momento, tienes con nuestra Universidad

y con nuestra ciudad y provincia. Sin duda que en tu visita a la biblioteca de nuestra catedral y a la del Monasterio de Silos, la imagen de Jorge de Burgos se te hará presente entre los anaqueles que custodian parte de este gran legado cultural.

Hoy, esta universidad se viste de gala para recibirte como nuevo doctor. Nuestra institución no presume del poso secular de otros centros académicos en los que has desarrollado tu actividad docente. Pero, sí que puede reivindicar ser la heredera de una larga tradición humanística burgalesa, con figuras señeras como las de Alonso de Cartagena, Juan Fernández de Villegas o Francisco de Vitoria que hunde sus raíces en la antigua Escuela de Artes de la Catedral de Burgos, que me consta que tanto admiras, o el Colegio de San Pablo, que desde el siglo XIII formaron a centenares de intelectuales de esta tierra, algunos de los cuales completaron su formación en el Estudio de Bolonia tu “Alma Mater”. Burgos fue siempre una de las ciudades españolas que más colegiales envió, durante la Baja Edad Media y el Renacimiento, al Colegio boloñés de San Clemente, para alcanzar en la universidad de esa ciudad, a la que tantos años te has dedicado, los más altos grados académicos.

Hoy, tu doctorado Honoris Causa por esta Universidad de Burgos reactiva los lazos que antaño existieron entre estas dos ciudades de vocación europea y universal y, sobre todo, reconoce tu enorme contribución a la cultura y al humanismo contemporáneo. En esta época en que el mundo de las Humanidades es olvidado y presentado, desde muchos ángulos, como ejemplo del saber inútil tu incorporación a nuestro claustro de doctores supone la evidencia de que nuestra institución académica valora el conocimiento

humanístico como la base sobre la cual se cimienta el futuro. Eres, para nosotros, un claro ejemplo de cómo el saber humanístico no es algo caduco, anticuado e inservible, sino el eje del progreso.

El lema de nuestra Universidad *In itinere Veritas*, en el camino está la verdad, sintetiza muy bien las aspiraciones de aquellos antiguos peregrinos que a lo largo del viaje a Compostela iban descubriendo el mundo y a sí mismos. Pero, sobre todo hace mención a nuestra vocación como universitarios de que en el camino de nuestras vidas académicas estamos siempre en búsqueda dinámica de la verdad. Cada vez que pasamos por debajo del arco de Romeros, la figura sedente de Santiago el mayor, con un libro en la mano, se convierte en una metáfora de nuestra obligación de reflexión, en todas las facetas de nuestro hacer. Desde hoy, el *Vítor* con tu nombre grabado en el Patio de Romeros será, también, un recordatorio de tu vocación por los estudios humanísticos invitándonos a imitarte en tu búsqueda de un saber universal, crítico e integrado que, a la postre, nos haga crecer como hombres.

Muchas gracias.

He dicho